



Diálogo: La utopía ante la crisis ecosocial

Dialogue: Utopia confronting the ecosocial crisis

Júlia Martí Comas

Observatorio de la Deuda en la Globalización
España

julia.marti@odg.cat

<https://orcid.org/0009-0000-7602-7048>

Emilio Santiago Muíño

Consejo Superior de Investigaciones Científicas
España

Emilio.santiago.muino@cchs.csic.es

<https://orcid.org/0000-0003-1420-2992>

Luis Toledo Machado

Centro de Investigación Interuniversitario
das Paisaxes Atlánticas Culturais (CISPAC) /
Universidade de Santiago de Compostela (USC)
España

luis.toledo@usc.gal

<https://orcid.org/0000-0001-5072-4478>

Cómo citar este artículo: Martí Comas, Júlia; Santiago Muíño, Emilio y Toledo Machado, Luis. 2025. “Diálogo: la utopía ante la crisis ecosocial”. Revista de Estudios Utópicos REUTOPIA, 1(1), 38, <https://doi.org/10.3989/reutopia.2025.1.1.38>.

Copyright: © 2025 CSIC. This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0) License.

1. Introducción

La crisis ecosocial está dejando una profunda huella en las sociedades actuales. A pesar de las alarmas encendidas por la comunidad científica, la humanidad aún no ha alcanzado un consenso que permita articular una respuesta contundente y coordinada frente a la emergencia climática. Mientras que algunos sectores —cada vez menos marginales— niegan las evidencias, la mayoría de la población permanece inmóvil ante la magnitud del problema. Paralelamente, las instituciones políticas y económicas adoptan medidas insuficientes que, hasta ahora, no han conseguido frenar los desequilibrios ecológicos, cuyas consecuencias más alarmantes ya son visibles, por ejemplo, en catástrofes naturales o pandemias.

Este panorama dista mucho del ideal proyectado por el ecologismo, que en los últimos años ha protagonizado en España un intenso debate acerca de la posibilidad de que nos estemos dirigiendo indefectiblemente hacia el colapso. Sin embargo, como suele ocurrir, la discusión de ideas pronto derivó en intercambios de reproches y la formación de bandos opuestos.

Con la intención de reconducir la situación, hemos invitado a dos figuras destacadas del ecologismo en España. Por un lado, contamos con Júlia Martí Comas. Doctora en Estudios sobre Desarrollo, actualmente es investigadora en el Observatorio de la Deuda en la Globalización, activista ecofeminista y forma parte de la redacción de *Viento Sur*. Además, ha publicado *Decrecimiento ecofeminista. Desacelerar para recuperar la vida* (ODG, 2025) y *Manual Ecofeminista contra el poder corporativo* (OMAL y Libros en Acción, 2022). Por el otro, tenemos a Emilio Santiago Muíño, doctor en Antropología Social, científico titular del CSIC y también activista ecosocial que milita en Más Madrid. Es autor de los ensayos *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal* (con Héctor Tejero, Capitán Swing, 2019) y *Contra el mito del colapso ecológico* (Arpa, 2023). Con ellos analizaremos el contexto actual, exploraremos si el pensamiento utópico nos puede ofrecer herramientas útiles para afrontar los retos que tenemos por delante y, también, intentaremos perfilar posibles alternativas.¹

Luis Toledo Machado (LTM): En el año 2009 se publicó el artículo *The Planetary Boundaries*. Este identificó nueve umbrales ecológicos del planeta que, en caso de ser rebasados, podrían desencadenar efectos completamente impredecibles que pondrían en duda la continuidad de la vida humana tal cual la conocemos hasta ahora. Esta investigación, que constituye un modelo interpretativo, ha sido complementada por otras aportaciones. Si en 2015 habíamos sobrepasado tres de estos límites (cambio climático, integridad de la biosfera y flujos biogeoquímicos), en 2023 se suman los flujos de agua, los sistemas terrestres y las llamadas “nuevas entidades”. Las previsiones, por tanto, no parecen en absoluto halagüeñas. ¿Qué podemos hacer para frenar esta tendencia?

Emilio Santiago Muíño (ESM): Nuestra incapacidad para revertir la extralimitación ecológica responde a muchos motivos (tensiones corto-largo plazo, relaciones de fuerza asimétricas, intereses organizados del *statu quo*, inercias estructurales de todo tipo, un enemigo que es muy amorfo...), pero el ecologismo tiene el deber de centrarse en uno: su propia incompetencia histórica como alternativa transformadora. Tras más de medio siglo de activismo ecosocial, si bien los avances son mucho más sustanciosos de lo que evalúan las visiones más pesimistas, el balance general es sombrío. Especialmente porque el auge de la extrema derecha antiecologista en todo el mundo (con Trump como icono) pone en peligro la reciente conquista de posiciones que, si bien eran insuficientes, también resultaban imprescindibles para enfrentar las décadas venideras con alguna posibilidad de éxito.

Mi tesis es que la incapacidad del ecologismo para protagonizar la historia responde, entre otras razones, a un déficit en su tradición intelectual, que se traslada a sus prácticas. Esta guarda relación con cierta inmadurez sobre el carácter netamente político de cualquier proceso de cambio. Para mí, la clave reside en que la transición ecológica es una batalla política. Con ello, no me estoy limitando a reivindicar la necesidad de partidos políticos ecologistas, la importancia de las políticas públicas o la prioridad de aupar y defender gobiernos que sean competentes y a la vez ecológicamente comprometidos. Por supuesto, todo ello es *imprescindible* (aunque no *suficiente*, porque la política va más allá de las lógicas partidarias); pero la idea esencial cuando se remarca el carácter político del cambio ecologista es que este no se va a producir por efectos pedagógicos o por el acceso a información científica revelada.

1 Luis Toledo Machado modera este debate en nombre de la Redacción de la *Revista de Estudios Utópicos REUTOPIA*, como coordinador en la misma de la sección de “Actualidad y experiencias”.

Júlia Martí Comas (JMC): Desde una perspectiva ecofeminista, frenar la extralimitación planetaria supone, en primer lugar, comprender estos límites planetarios en interrelación con los límites corporales. Salirnos del pedestal antropocéntrico para ver nuestros propios límites como parte de un sistema que, en su conjunto, está funcionando en base a profundos desequilibrios. Es decir, reconocer que la *crisis ecológica* está estrechamente relacionada con la *crisis de reproducción social* y con la dificultad de sostener la vida en este sistema.

En este sentido, estoy de acuerdo en que con los datos no basta. Centrarnos en comunicar exclusivamente datos fríos, que la mayoría de las veces no sabemos interpretar desde nuestros contextos cotidianos, no ayuda a provocar cambios. Pero, si hablamos de la crisis en su integralidad, podremos conectar los malestares y violencias que genera este sistema con las causas estructurales que los han provocado, activando conflictos que puedan ampliar la conciencia ecosocial y ecofeminista. Estos conflictos, a su vez, deberían ser la semilla para la activación de una masa crítica que pueda hacer de palanca de las transformaciones socioeconómicas que necesitamos.

Teniendo en cuenta que los principales responsables de la situación en la que estamos son una élite global que se está enriqueciendo a costa de nuestro futuro, deberíamos enfocarnos en pensar cómo atacamos su poder. Un objetivo que no se podrá lograr sólo desde unas instituciones debilitadas tras décadas de neoliberalismo, ni tampoco exclusivamente desde la construcción de alternativas en los márgenes del sistema. Para mí, la clave está en una combinación de ambas estrategias, sumada al fortalecimiento de aquellas instituciones sociales capaces de disputar los conflictos económicos y políticos innegociables para el sostenimiento de la vida.

A mi entender, politizar la crisis ecosocial supondría, por tanto, crear frentes amplios que desborden el ecologismo más clásico: reforzar estructuras existentes capaces de colectivizar los problemas a través del apoyo mutuo y la acción colectiva, como propone el biosindicalismo (Filigrana 2021); atacar la rentabilidad de los grandes fondos de inversión y proponer nuevos marcos legislativos, como hacen los sindicatos de inquilinas; escalar los conflictos laborales desde la perspectiva ecosocial y, además, expandir las alternativas económicas y de sostén de la vida. No podremos regular al gran capital si seguimos siendo tan dependientes de sus empleos y recursos, tampoco si seguimos emocional y aspiracionalmente vinculados a sus promesas de consumo. Por tanto, el reto de este desborde reside en reconocer los malestares que genera el contexto actual y politizarlos en un sentido colectivo y transformador.

LTM: ¿Qué estrategias se pueden adoptar para superar las posturas negacionistas del cambio climático?

JMC: No nos enfrentamos a actores puramente negacionistas, sino que niegan la posibilidad de encontrar una salida justa a la crisis climática. Minimizan el problema de cara al público mientras promueven soluciones excluyentes y apuntan a culpables externos para canalizar los miedos hacia ellos.

Frente a los negacionistas necesitamos hacer factibles las alternativas y colectivizar los miedos y, sobre todo, construir proyectos amplios y diversos que no dejen espacio a la posibilidad de designar chivos expiatorios. Utilizan nuestra debilidad a la hora de construir imaginarios de justicia sin fronteras, sin clases, sin extractivismo colonial, sin racialización ni feminización de los trabajos precarizados o sin binarismos de género para abonar la idea de que “vamos demasiado lejos” o de que lo que proponemos es imposible. Siempre habrá reacciones conservadoras ante los avances en justicia y derechos, pero esa reacción tendrá menos fuerza si conseguimos que estos avances sean leídos como positivos para el conjunto de las clases populares.

Necesitamos activar procesos de imaginación colectiva que desborden el imaginario clásico de justicia para que no queden sectores ni territorios al margen. Vislumbrar horizontes, pero también dar pasos intermedios que nos permitan recuperar el tiempo, la seguridad de tener una

vivienda, la naturalización de las ciudades o la desprivatización de tierras y bienes y que estas vayan de la mano de un imaginario de abolición de las fronteras, de la eliminación de las lógicas coloniales de aprovisionamiento y también de la superación de la norma heterosexual y patriarcal.

ESM: lo fundamental es asumir que el negacionismo climático no es producto de la ignorancia. Como avanzaba anteriormente, no podemos vencerlo con alfabetización ecosocial. Los datos no bastan. La política tiene poco que ver con la verdad. La política tiene su propia autonomía, sus reglas de juego. Es una disputa moral, pues un mismo dato (la extralimitación) puede justificar la depredación o la cooperación. Aquí está el nudo gordiano: esta disputa moral no se gana con moralismo. Hay que movilizar deseos, miedos, expectativas, constelaciones de intereses factibles y afectos de pertenencia. Además, hay que construir horizontes deseables y herramientas de cambio confiables y potentes que sean atractivas para grandes mayorías, lo que implica alianzas entre demandas muy distintas. Esto solo es posible si conectas con el sentido común dominante para redirigirlo hacia su mejor versión.

El negacionismo climático responde a una identidad y a unos afectos al servicio de un proyecto político y se alimenta de las enormes dificultades y fricciones que enfrenta cualquier agenda climática ambiciosa en un régimen como el capitalismo; pero, como es imposible que nos dé tiempo a desmontar el capitalismo antes de que se nos agote el presupuesto de carbono, debemos operar con lo que tenemos. Y aquí de nuevo, la batalla clave es la batalla del *deseo*. Hasta que el ecologismo no logre expresarse en el lenguaje de lo aspiracional, del lujo, de la abundancia, de una vida buena que no sea extravagante para el sentido común de las grandes mayorías, el negacionismo climático proliferará usando los malestares de la descarbonización como tropa de choque política de los intereses del capitalismo fósil.

LTM: ¿En qué medida la tradición utópica precedente podría constituir una herramienta útil para el ecologismo contemporáneo?

ESM: La tradición utópica de Occidente es muy rica y compleja. Para inspirar ecotopías atractivas, encontramos en ella arquetipos muy iluminadores y otros demenciales. El derecho a la pereza, de Paul Lafarge, sigue siendo una propuesta extraordinariamente actual. No obstante, la ocurrencia de Lenin de construir urinarios de oro públicos para que los habitantes del futuro socialismo recordasen la ignominia de las guerras imperialistas, igual se ha demostrado una proyección poco adecuada a los márgenes de transformación de las economías modernas.

El valor cualitativo de la utopía no lo establece su plausibilidad o utilidad. En primer lugar, porque tenemos derecho a una imaginación que no quede rebajada a los requerimientos funcionales de la economía o la política. En segundo lugar, incluso en términos de utilidad social, paradójicamente muchas novedades evolutivas, que se demuestran funcionales, nacen de espacios marginales donde nos damos la licencia de cultivar la inutilidad y la extravagancia.

Dicho esto, creo que al ecologismo sí le conviene distinguir entre narrativas utópicas inspiradoras y otras cuya propuesta, a la luz de lo que ya sabemos sobre las relaciones sionaturales, pueden ser reevaluadas como distópicas. Muchas veces ambas conviven en un mismo autor. Por ejemplo, las ideas de Fourier sobre una sociedad que logre armonizar las pulsiones pasionales de la gente (en una suerte de comunión gestionada por la mano invisible espontánea del amor) es una especie de “patrón universal de medida” para evaluar lo cerca o lo lejos que estamos de eso tan difuso que evocamos y convocamos con la palabra *emancipación*. Sin embargo, sus delirios sobre el mar con gusto a limonada o la modificación de los climas solo pueden generar rechazo ecologista, pues se trata de un vector de imaginación utópica que conecta con las peligrosas agendas de la geoingeniería.

Si con la literatura utópica podemos ser más laxos, creo que la recepción ecologista de la tradición utópica debe tener una mirada un poco más fría sobre sus experimentos prácticos. Al fin

y al cabo, son estas “cobayas de la historia” las que nos van ofreciendo un tanteo razonable de los márgenes de lo posible. Aquí es preciso siempre combinar el cariño moral con el análisis sociológico desengañado. Es nuestro deber transmitir a las generaciones que vienen una cartografía lo más precisa que sepamos de los límites del cambio social, tanto o más complicados de establecer y de respetar que los límites ecológico-naturales.

JMC: Para poder replantearnos las formas de habitar el planeta, creo que es interesante recuperar las críticas ecofeministas y decoloniales a la modernidad. Estas la entienden como el momento fundador del actual sistema, basado en jerarquías dualistas, que consolidó una noción de progreso basada en la conquista de la naturaleza. Siguiendo a Garcés, podemos acercarnos a este momento histórico recuperando la “ilustración como actitud y no como proyecto” (Garcés 2017, 30). Una actitud que, de acuerdo con Hickel (2023), debería servirnos, para, precisamente, impugnar uno de los dogmas de la Ilustración, el de la conquista de la naturaleza como forma de progreso.

Esta mirada abre la puerta a un proyecto utópico que no se base en grandes promesas de progreso o en milagros tecnológicos, sino en la capacidad de reubicar nuestro lugar en el mundo, volver a reconocernos como naturaleza superando el afán conquistador de la modernidad. Aunque no se hayan ubicado dentro del pensamiento utópico, puede ser interesante visitar propuestas ecofeministas como la de Carolyn Merchant (2020), quien realizó una crítica al paradigma del crecimiento demostrando que la imposición del capitalismo requirió transformar la concepción ética de la naturaleza: “mientras la Tierra era considerada como un ser vivo y sensitivo, cometer actos destructivos hacia ella podía interpretarse como una violación de la ética humana” (*apud* Hickel 2023, 83).

Otra propuesta interesante de reorganización de las formas de producción y reproducción de la vida es el paradigma de la subsistencia defendido por Maria Mies (2019), así como la noción de cuerpo-territorio de los feminismos comunitarios de América Latina, que, como explica Verónica Gago (2019, 91), plantean que “es imposible recortar y aislar el cuerpo individual del cuerpo colectivo, el cuerpo humano del territorio y del paisaje”. Esta noción permite proyectar, además, una “noción de posesión en términos de uso y no de propiedad, (...) [que] se «tiene» en el sentido de que se es parte”.

LTM: En la línea de lo señalado por Júlia en su última respuesta, las cosmovisiones no modernas suponen un desafío a la universalidad que, durante los últimos 500 años, los occidentales hemos atribuido a nuestra manera de concebir el mundo. ¿Es posible construir un futuro sostenible sin deconstruir la distinción *ser humano/naturaleza*? ¿Cómo se articula la diversidad ontológica existente en el planeta con la propuesta esbozada por Emilio de conectar “con el sentido común dominante para redirigirlo hacia su mejor versión”?

JMC: No creo que podamos hacer una distinción tan clara entre lo material y lo ontológico o filosófico, tampoco entre la construcción de una (nueva) ontología y los pequeños cambios de consciencia. Considero que todos estos procesos, sean grandes o pequeños, están interrelacionados y no podemos pensarlos aisladamente. No se dónde estaremos dentro de un siglo o dos, pero creo que ahora mismo, en nuestro contexto, ya está en disputa la concepción de la naturaleza y nuestro papel como integrantes de ella. Necesitamos aprovechar esta disputa. Lo veo en hechos muy concretos y materiales, como los debates con relación a la gestión de la sequía, por ejemplo. Se confrontan, por un lado, concepciones extractivistas y tecnoutópicas (el objetivo es dejar de depender de la lluvia, dice el PSC) y conservacionistas de los ecosistemas, por el otro. Sin embargo, hay que reconocer la existencia de miradas más integrales que plantean propuestas para recuperar el equilibrio entre los usos humanos y no humanos del agua. Estas pueden enfrentar los intentos de las extremas derechas europeas de apropiarse de la defensa de los paisajes y lo rural, en un sentido excluyente y nostálgico, o de encontrar una respuesta a la ecoansiedad, el nuevo malestar que sufren muchas personas jóvenes ante la preocupación por un futuro incierto.

Un sector (creo que minoritario) del ecologismo mantiene una concepción de la naturaleza como algo virgen que hay que preservar intocable. Se trata de una visión que sigue siendo un tanto antropocéntrica, ya que mantiene a la humanidad al margen del resto de ecosistemas. Simultáneamente, gran parte de la izquierda sigue teniendo miedo de visibilizar los afectos que nos unen a los territorios y ecosistemas que nos sostienen. ¿Miedo a perder la visión materialista? ¿O, quizá, a reconocer que la igualdad y la justicia involucran más elementos que lo humano? Creo que es fundamental desarrollar y promover una concepción híbrida que no renuncie a los análisis materiales ni a los afectos. La experiencia de *ser naturaleza* nos afecta, aunque no lo reconozcamos, y estos afectos pueden explotarse para ampliar los miedos y buscar falsos culpables; o pueden convertirse en motores para frenar la carrera destructiva.

Un ejemplo: en Barcelona, una gran parte de la población rechaza la ampliación del aeropuerto. Los medios intentaron ridiculizar a la oposición ecologista diciendo que sólo se enfrentaba al proyecto para defender los patos de la Ricarda, pero no les salió del todo bien la jugada. Los habitantes de una ciudad desbordada de turistas somos capaces de empatizar con uno de los pocos ecosistemas vivos que nos quedan en los márgenes urbanos y entender que no existe discontinuidad entre su defensa y la lucha por el acceso a la vivienda. Entonces, para mí, el desafío consiste en aprovechar los conflictos actuales para cuestionar las inercias estructurales y, al mismo tiempo, crear un nuevo sentido común del hecho de *ser naturaleza*.

ESM: Si en algún momento del siglo XXII o XXIII logramos dar por superada la crisis ecológica será porque simultáneamente hayamos logrado transformar nuestro paradigma antropológico. Al menos en algunos rasgos que, inequívocamente, han contribuido y siguen contribuyendo a que nuestras relaciones socionaturales estén marcadas por el signo de la depredación autodestructiva. Entre los muchos patrones culturales profundos que un programa civilizatorio ecologista debe intentar abolir, uno de ellos es una ontología discontinuista como la que subyace en la dicotomía *naturaleza-cultura*. Sabemos que este marco ontológico refuerza muchas de nuestras peores disposiciones colectivas ante la crisis ecológica, desde nuestras fantasías exencionalistas (como si las sociedades humanas fuesen independientes de la naturaleza) hasta una concepción excesivamente instrumental de los ecosistemas.

Dicho esto, soy escéptico con cualquier enfoque basado en la idea de un giro ontológico como el que proponen ciertos antropólogos como Viveiros de Castro. En primer lugar, porque las transformaciones cosmovisivas son procesos que duran siglos, además de procesos emergentes y poco intencionales. Por eso, antes ponía el horizonte de referencia especulativa en los siglos XXII o XXIII. Sin embargo, la hegemonía política se construye jugando intencionalmente con el material antropológico del presente y articulando coyunturas. Son dos tareas diferentes, que exigen trabajos intelectuales, políticos y culturales diferentes. En estas dos tareas, yo pongo el acento en la necesidad de la *hegemonía*: si el fascismo fósil vence, no habrá un futuro en el que puedan florecer las semillas de la *gaiapolítica*, por citar un ejemplo de las muchas innovaciones utópicas que hoy están intentando introducir un giro cosmovisivo ecocéntrico en nuestra manera de habitar el mundo.

También es importante señalar que, a veces, caemos en una esencialización dicotómica culturalista inconsistente en términos históricos y antropológicos. Sin duda, la modernidad occidental ha demostrado un patrón de insostenibilidad notablemente acelerado e intenso, pero esta también es (o ha sido) un efecto colateral relativamente común en muchas sociedades del pasado y muchas culturas no occidentales. Sociedades premodernas han sido perfectamente capaces de hacer ingeniería involuntaria de ecosistemas con efectos perversos. Esto no niega el inmenso valor de muchas cosmovisiones de pueblos originarios que han demostrado habitar concepciones de la realidad más ecológicas, que son ya una parte esencial de nuestro diálogo de saberes. La tarea del ecologismo como proyecto civilizatorio es federar un pluriverso de formas sostenibles de estar en el mundo; pero, a su vez, esto hay que hacerlo de un modo situado en el lugar de enunciación y experimentación de cada sujeto: el pueblo del clima de un país como

España, pero vale también para China, no se puede construir con interpelaciones a ontologías totemistas o animistas, por usar la clasificación de Descola.

Sin embargo, mi escepticismo ante el giro ontológico como piedra filosofal del cambio ecosocial viene más por el hecho de que estoy convencido de que la crisis ecológica es solo de modo secundario un problema de “mentalidades” o de ceguera ontológica o moral: lo que sufrimos es una parálisis pragmática motivada por las inercias estructurales de nuestra forma de reproducción social.

LTM: Los grandes movimientos de emancipación tradicionales se han centrado en establecer estrategias que eliminen o mitiguen la opresión. Sin embargo, por norma general han rechazado la posibilidad de definir los rasgos característicos de la nueva sociedad ¿Podemos desafiar esta asunción? ¿Merece la pena pensar utópicamente o, en cambio, consideráis que sería una mera especulación improductiva?

ESM: Quizá, eliminar todo tipo de opresión sea un objetivo un tanto excesivo y contraproducente. Conviene tener una noción de emancipación un poco más situada en desafíos concretos, dados en contextos históricos específicos, a la escala de nuestros cuerpos limitados, frágiles, interdependientes, mortales, incompatibles con ciertos programas de máximos. Leía ayer una cita de Villacañas que me pareció iluminadora: “el ser humano es el animal de los medios inadecuados”. Quizá haya algo constitutivo en el hecho de que cada solución que ofrecemos termine generando nuevos problemas, aunque estas dinámicas se acentúan enormemente en un sistema económico tan compulsivo, irracional y generador de desigualdades como el capitalismo. Sospecho que, al mismo tiempo que pensar utópicamente no solo no es improductivo (sino que es un imperativo para encontrarle una salida a este callejón ecológico), el pensamiento utópico también nos puede bloquear si no se contrapesa. Puede reducir nuestra audacia política y nuestra agilidad táctica.

Como decía antes, considero que el ecologismo tiene una falta enorme de discursos orientados al deseo. Regalar lo aspiracional a la derecha ha sido uno de los mayores errores ideológicos del último medio siglo. No podemos ganar ofreciendo normatividad moral restrictiva y empobrecimiento. Tenemos que mostrar un horizonte de vida alternativo claramente mejor y capacidad para hacerlo realidad. Al lujo criminal de la sociedad de consumo hay que oponerle un nuevo lujo comunal compatible con los límites planetarios, no un horizonte ecoespartano de sacrificio. Para esta tarea, el pensamiento utópico es un recurso inspirador. Un segundo punto a favor del pensamiento utópico es que, para los que concebimos la política como una construcción que tiene mucho de performativo, es imprescindible, como decía Ernst Bloch (2007[1954], 402), “confiar en lo mejor a fin de que se logre”.

El problema viene cuando el pensamiento utópico cristaliza en figuras ideales desconectadas de cualquier tensión experimental con las posibilidades realistas del presente. Eso genera un ruido ideológico y un tipo perverso de ética de la convicción irresponsable, basada en la autoproyección de integridad radical, que contribuye mucho a depreciar el valor de la política concreta, que siempre tiene mucho de parcial, incompleta, fea, decepcionante, de bricolaje malmenorista. No obstante, sin chapuzas malmenoristas, y sin apoyarlas y defenderlas, perderemos. Así entiendo la política: pasos insuficientes en contextos de incertidumbre insalvable.

JMC: Necesitamos pensar más allá de los escenarios conocidos para no quedarnos atascados en el “no hay alternativa”. Ahora mismo, las brechas que nos deja este sistema son tan estrechas que parece que no merece la pena explorarlas, como si todas nos llevaran al mal menor o a la impotencia ante aquellas contradicciones insalvables. Es por eso que necesitamos atrevernos a pensar fuera de la caja, no por una suerte de purismo moralista ni por una esperanza quimérica, sino para abrir nuevas brechas en los callejones sin salida en los que estamos empantanados. En este sentido, diría que las utopías pueden darnos horizontes que nos orienten. Pero, sobre todo,

lo que necesitamos es más creatividad estratégica, nuevas herramientas y formas de organizarnos para combatir la resignación y pasar a la acción.

Ahora mismo, quienes están prometiendo un futuro son los nuevos profetas de las extremas derechas, que venden salidas para unos pocos mientras deshumanizan a parte de la población. El auge de estos discursos se da en un contexto de gran desafección política profundizado, entre otras cosas, por una política institucional con cada vez más dificultades para resolver los problemas de la gente. En este contexto, imaginar la posibilidad de otro modelo de organización de la producción y la reproducción libre de opresiones es clave para disputar el futuro, teniendo en cuenta que, en palabras de Bensaïd (2010 [1990], 238 *apud* Antentas 2020), “el futuro no es el lugar inmóvil de una tierra prometida, sino el horizonte móvil donde se actualizan los posibles”.

Además, ante los nuevos sueños identitarios excluyentes que está despertando la promesa fallida del individualismo neoliberal, necesitamos replantearnos cómo volver a crear sentidos colectivos basados en la solidaridad. Algunos movimientos sociales latinoamericanos hablan de las *reexistencias*, que se pueden entender como utopías del presente. Son experiencias arraigadas en el territorio que, desde la colectividad, logran impulsar procesos de resistencia ante el despojo, los desplazamientos o los feminicidios. No se conforman con la resistencia; también prefiguran otros modos de habitar el mundo. Este doble movimiento, de construcción de espacios de reorganización de la vida, junto a la acumulación de fuerzas para prepararnos para disputar las crisis, es clave para pensar otros presentes y futuros posibles. Como dice Raquel Gutiérrez Aguilar (2019, 88), se trata “de que el tren no pueda volver a echar a andar; de disolver su posibilidad misma de marcha; aunque también se trata de que sea posible vivir fuera del tren”.

LTM: Hasta ahora hemos hablado de cuestiones teóricas, pero me gustaría proponeros un ejercicio práctico de imaginación utópica. A continuación, os preguntaré acerca de cómo deberían ser en una sociedad ideal algunos aspectos vinculados con la ecología.

Comenzaremos por el *consumo energético*, que ha constituido un tema central en los debates de los últimos años, en un contexto donde las grandes potencias mundiales han presumido de abrazar el compromiso de la descarbonización. Para lograrlo, han impulsado una diversificación energética que prioriza tecnologías como la eólica, la solar o el denominado hidrógeno “verde”, que no están exentas de impactos ambientales. Ante este escenario, cabe preguntarse: ¿qué tipo de tecnología y de consumo energético serían viables en un futuro sostenible?

ESM: responder a esta pregunta exige matizaciones. Las grandes potencias no han asumido el compromiso de la descarbonización. Este ha sido un diagnóstico prematuro de un ecologismo al que le cuesta pensar en términos de guerra de posiciones. Ahí tenemos a la administración Trump, protagonizando una contrarrevolución climática salvaje. Por supuesto que las renovables tienen impactos, porque no hay nada humano que no tenga impacto, pero su impacto, en cualquier aspecto que queramos considerar (desde la minería hasta la biodiversidad, pasando por las emisiones de CO₂), no admite comparación con el del capitalismo fósil.

Dicho esto, qué tipo de matriz energética futura es posible y es deseable es una cuestión que admite muchas modulaciones. Respecto a lo *posible*, hay que apuntar que, en términos técnicos (con la espectacular revolución tecnológica que ha conocido el binomio renovables-baterías), los cálculos pesimistas de cierto ecologismo sobre las posibilidades de sociedades altamente complejas 100% renovables han quedado obsoletos. Las sociedades industriales de alta tecnología se pueden descarbonizar. La sostenibilidad no implica ninguna clase de retorno necesario a parámetros de vida preindustriales.

Esto último nos conecta con lo *deseable*. Mi posición es que el ecologismo es una enmienda eco-racionalizadora a las enormes conquistas materiales-populares que ha supuesto la modernidad

—que no solo no debemos perder, sino que debemos extender y democratizar—, desde las bajas tasas de mortandad infantil a unos niveles de seguridad alimentaria sin precedentes en la historia humana, pasando por ganancias sustanciales en términos de confort o de tiempo libre. Mantener y democratizar estas conquistas exige infraestructuras energéticas industriales masivas: no llega, ni de lejos, con el autoconsumo comunitario (aunque este es imprescindible). Esto no significa que no debamos consumir menos energía para que las cuentas climáticas cuadren; o que el programa del decrecimiento no sea irrenunciable por otros motivos (desde la pérdida de suelo fértil al consumo de agua).

El horizonte utópico del ecologismo, a mi parecer, debería encaminarse a imaginar una matriz energética que permita sociedades industriales sostenibles de alta tecnología, basadas en una justa implementación masiva de las renovables, y que logre reintroducirse en los límites planetarios gracias a cambios sustanciales en los patrones de vida. Estos afectarán, sustancialmente, a la movilidad (muchos menos automóviles y muchos menos vuelos) y a la dieta (mucho menos carne).

JMC: No voy a entrar en los debates sobre la posibilidad tecnológica de los diferentes escenarios porque no es mi campo de estudio, pero sí que me gustaría cuestionar, en primer lugar, quién controla la tecnología. De este control dependerá realmente que su uso sirva para ampliar la garantía de derechos y bienestar para toda la población mundial o que, por lo contrario, nos lleve a retrocesos y mayores vulneraciones de derechos.

Idealmente, recuperar un control democrático de la tecnología pasaría por una planificación democrática y transparente a diferentes escalas, por la ampliación de la inversión pública en investigación e innovación, por la democratización de los centros de trabajo, etc. Los primeros pasos en esa dirección podrían ser cambiar las políticas de financiación de la transición verde para que dejen de promocionar a las grandes corporaciones o, en todo caso, sean a cambio de control accionario; y, a otra escala, promover sistemas de provisión a nivel local que nos sirvan para ensayar formas democráticas y definir los consumos con criterios de ecosuficiencia.

En segundo lugar, creo que es imprescindible enfatizar la mirada global, tanto a escala territorial como histórica, para que el futuro que imaginemos rompa con la lógica colonial y extractivista. Lo primero sería dejar de ver los territorios donde se ubican los materiales estratégicos para la transición como lugares vacíos que no importa impactar, ya que desde esta lógica seguiremos extendiendo los territorios de sacrificio en nombre de un bienestar que no llegará a todo el mundo. No existe una minería sostenible y, por tanto, hay que minimizar al máximo la necesidad de nuevas explotaciones reduciendo consumos, maximizando el reciclaje y buscando soluciones tecnológicas con materiales realmente renovables o abundantes. Además de reparar los daños y las deudas de todas las formas posibles, con compensaciones económicas, reconocimiento, restauración y reequilibrios territoriales para no seguir concentrando las cargas y desactivar las actuales formas de chantaje a través de la deuda y el empobrecimiento.

LTM: ¿Cuál debería ser, desde vuestro punto de vista, la relación entre la ciudad y el campo en el futuro?

JMC: Me interesa mucho pensar cómo rompemos la dicotomía urbano-rural porque no deja de ser otra de las dicotomías jerarquizantes que nos impuso la modernidad. Romper esta división pasa, en primer lugar, por reparar el desprecio a lo rural. Si pensamos en el rural más cercano, creo que es fundamental reconocer el legado de las mujeres rurales que han conservado semillas y razas que pueden ser claves para la adaptación a los cambios climáticos, así como la experiencia —cada vez más atacada— de vivir *de* y *con* la naturaleza en una relación de uso no contemplativa, pero tampoco extractivista.

Asimismo, creo que necesitamos recuperar la memoria de la vida rural antes de los cercamientos. Visibilizar que la escasez fue impuesta por un sistema capitalista que necesitaba

expropiarnos de los medios de vida comunales para obligarnos a trabajar para un patrón. Ello nos permitiría recuperar la noción de la abundancia radical que concibe la naturaleza no sólo como algo que nos constriñe, sino como algo que nos puede nutrir y dar grandes placeres si sabemos respetar sus ritmos y límites.

Por otra parte, si pensamos más globalmente, creo que es imprescindible reconocer el papel de los pueblos originarios y tradicionales en la conservación de los ecosistemas. Debemos respetar su derecho al consentimiento y la validez de los modos de vida propios frente a un desarrollismo impuesto.

También, sería clave descentralizar el poder político, acercar las decisiones a los territorios, escuchar sus voces y dejar de infantilizar, estigmatizar u homogeneizar el campo. Buscar formas de reducir los desequilibrios económicos, dándole el valor real a la producción de alimentos, acercando los servicios públicos, mejorando el transporte público, etc. Además, para este reequilibrio, las ciudades deberían dejar de ser sumideros netos de recursos y energía, aumentando su autonomía, siendo más eficientes en el uso de energía y agua, cambiando la movilidad, produciendo energía, minimizando las actividades económicas más insostenibles, etc.

En este sentido, creo que es interesante la llamada a *ruralizar las ciudades* como una forma de transformar su urbanismo, pero también las formas de vivir en ellas. Renaturalizar, recuperar la producción agraria en sus tramas, recuperar los entornos periurbanos, pero también revitalizar los vínculos comunitarios. Inventar formas de conectar a los habitantes urbanos con lo rural no sólo como huida, sino como parte de un entramado de reciprocidad. Unas ciudades ruralizadas seguramente no sean megalópolis, sino territorios metropolitanos híbridos, que combinen densidad urbana con espacios naturales, distribuyan mejor los centros de producción y de trabajo y permitan dibujar un mosaico territorial más diverso.

ESM: aunque algunos sectores del ecologismo han dibujado un horizonte de ruralización general, creo que esta es una pésima utopía: porque no es demográficamente viable, salvo catástrofe generalizada, y porque tampoco creo que fuese deseable más que desde cierta perspectiva romantizadora que suele obviar algunas de las muchas miserias materiales y morales que eran comunes en la vida campesina. Hoy ya la mayor parte de la humanidad vive en ciudades, una tendencia que seguirá en alza en las próximas décadas. Por eso, necesitamos un ecologismo que asuma que el “territorio” desde el que lucha, si quiere ser hegemónico, es la ciudad.

Sin embargo, dicho esto, la transformación agroecológica del sistema agroalimentario es un aspecto absolutamente esencial de la transición ecosocial. Otra cosa es que este sea un programa que enfrenta enormes resistencias por parte de un mundo rural que ya no es el campo tradicional, sino un campo profundamente transformado por la industrialización del sector primario: un espacio con el que habrá que articularse políticamente en términos que aún no hemos sabido encontrar.

En la misma línea, por otro lado, es esencial para la transición ecosocial cierta “ruralización” del urbanismo. Por ejemplo, convirtiendo el huerto urbano en un elemento común de las ciudades sostenibles del mañana. Una transición ecológica emancipadora no consiste en rebobinar el éxodo rural en una suerte de carlismo del Antropoceno, sino en un sentido socialista clásico superar la dicotomía campo-ciudad mediante una forma de ordenar el hábitat y el territorio que permita la simbiosis de lo mejor de los dos mundos. Como ya imaginaban Mumford o los utopistas anarquistas, la electrificación y las renovables pueden facilitar este proceso.

Sin duda, también hay muchos saberes tradicionales rurales de enorme valor como, por ejemplo, todo lo que tiene que ver con la agrobiodiversidad local. Otras expresiones culturales o económicas de la vida tradicional son, no obstante, abominables y debemos trabajar intensamente por su erradicación. Creo que la clave fundamental es no esencializar: el programa ecologista no puede ser una revancha del campo contra la ciudad, que sería tan nefasta como inútil, sino

un programa de construcción de un nuevo patrón de la geografía humana que tomará rasgos y elementos de ambos. Dicho esto, el ecologismo debe apostar por cierto nivel de densificación urbana, especialmente si queremos dejar espacio liberado para la regeneración ecosistémica.

LTM: ¿Qué modelos de gobernanza y qué relaciones humanas os imagináis en el futuro?

JMC: Imaginemos cómo sería una democracia ecosocialista y feminista. Seguramente, mantendría algunos elementos de los regímenes democráticos actuales, como el sufragio universal y las asambleas legislativas (aunque se eliminarían las discriminaciones que operan ahora de raza, situación migratoria, género, clase, etc.), pero ampliados con sistemas de democracia directa y participativa. El poder estaría más descentralizado y los órganos locales y territoriales tendrían más capacidad de autogobierno. Además, el cambio más importante sería la democratización de la economía: los centros de trabajo serían autogestionados y la propiedad privada desaparecería, dando paso a regímenes de titularidad diversos, que combinarían el derecho de uso individual o colectivo, la propiedad cooperativa, los bienes y tierras comunales y la propiedad pública.

Con esta democratización también se diluirían las fronteras entre el trabajo productivo y reproductivo. Todo el trabajo (remunerado y no remunerado) estaría destinado a la reproducción de la vida y desaparecería la actual invisibilización y precarización del trabajo de cuidados, ya que dejaría de estar al servicio de la acumulación capitalista. Estos cambios también producirían transformaciones en el actual sistema sexo-género y en el modelo de familia tradicional. Tendríamos más tiempo y recursos públicos y comunitarios para sostener la vida, dependeríamos menos de la familia tradicional y la revalorización de los trabajos tradicionalmente feminizados cambiaría los roles de género.

¿Cómo se podría hacer todo esto posible? Para responder a esta pregunta podemos recuperar algunos elementos de los debates marxistas sobre el Estado. Me parece interesante una lectura híbrida, que no asuma el Estado como una mera condensación de la lucha de clases que podría, por tanto, llegar a emanciparse del capital, pero tampoco como un instrumento sin ningún tipo de autonomía respecto al capital. Como afirma Martín Mosquera (2024), “la autonomía del poder estatal no es contradictoria con su carácter de clase, que depende fundamentalmente de su inserción en relaciones capitalistas de producción”.

Desde esta lectura podemos plantear que la estrategia de la acumulación de fuerzas para presionar al Estado y conseguir que cambie desde dentro es necesaria pero insuficiente, porque no es un espacio neutro y siempre chocaremos con una inercia a la moderación y con la presión de seguir favoreciendo las relaciones capitalistas de producción. Es por ello que Mosquera recupera la noción de “doble poder” que dispute desde dentro y desde fuera el mandato del Estado capitalista. Se trata de lograr que los procesos de radicalización social de masas puedan llegar a desbordar y desafiar desde abajo las instituciones del Estado. Para ello no son suficientes las grandes movilizaciones o revueltas que se acaban volatilizando, sino que es importante que esa fuerza cristalice en formas de institucionalidad capaces de alterar profundamente la correlación de fuerzas y desembocar en la creación de nuevas instituciones democráticas.

ESM: me gusta pensar el mejor futuro posible bajo la idea de Marx del “Reino de la Libertad”: generar las condiciones antropológicas e institucionales que permitan ganar colectivamente espacio para la libre realización de los deseos y las pasiones frente a los imperativos de la necesidad; pero más como brújula normativa que permite evaluar avances parciales y orientar acciones que como un programa de rediseño social detallado. Podemos intuir hacia donde apunta el Reino de la Libertad, pero nos equivocaremos si intentamos adelantar sus formas concretas. La emancipación debe también asumir cierto grado de experimentación humilde.

Los perfiles del Reino de la Libertad iremos tanteándolos a través de ensayos y errores que indagarán tanto en la plasticidad histórica como en la rigidez antropológica de la condición

humana en su mejor versión: instituciones que nos parecían alienantes pueden revelarse como elementos nucleares de cualquier experiencia humana de plenitud (como el Estado de derecho o cierta idea de familia, aunque esta no deba cumplir la normatividad heteropatriarcal actual) y algunos cambios por los que habíamos apostado quizá provoquen efectos secundarios negativos que no habíamos previsto (como la idea del *hombre* o la *mujer nueva*, la revolución cultural o la abolición total del mercado). En este sentido, la experimentación social de los siglos XIX y XX, así como el carácter furiosamente revolucionario en lo antropológico que ha adquirido el capitalismo neoliberal, nos arrojan ya algunas pistas interesantes para resituar nuestros contenidos utópicos incluyendo elementos de aquello que Santiago Alba Rico llama cierto “conservadurismo antropológico”.

Bajo esta precaución, que entiende que el ecosocialismo es más un camino incierto que una meta prefijada y dogmática, entiendo que avanzar hacia el Reino de la Libertad implica dar pasos hacia una matriz energética descarbonizada capaz de mantener en pie, y extender universalmente, los mejores logros de la era industrial para la calidad de vida popular, pero asumiendo que vivimos en un planeta finito; en un régimen de propiedad crecientemente socialista (lo que abre un debate interminable sobre qué es el socialismo factible — a mi juicio es totalmente ilusorio pensar que podemos enviar el mercado “al museo de la historia”—); mediante una radicalización de la democracia (como cultura política y como instituciones de socialización del poder); que busque un desmontaje del patriarcado así como la conformación de un sistema-mundo internacionalista, que entienda el planeta como un bien común global gestionado bajo acuerdos vinculantes, y que nos permita romper con el dilema del prisionero que alimenta estructuralmente el desastre ecológico, así como cerrar y reparar las heridas abiertas por el imperialismo y la colonización.

Si tuviera que encontrar un indicador utópico esencial de esta hoja de ruta hacia el Reino de la Libertad, sería la ganancia universal de tiempo liberado de los imperativos de la aceleración y la producción. Tiempo liberado para el florecimiento del juego, del amor, del sexo, de los vínculos, del arte de la amistad, de la creatividad en formas hoy unimaginables... tiempo liberado para construir lo que los situacionistas llamaban la *realización de la poesía*, esto es, una civilización donde “comunismo” sería el nombre en clave de una vida cotidiana pasionalmente superior.

LTM: Me resulta ilusionante vuestra capacidad de imaginar futuros utópicos en un contexto tan pesimista. ¿Qué estrategias consideráis más operativas para trascender los augurios distópicos?

JMC: Uno de los elementos que no he podido tratar en la anterior pregunta, que tiene mucho que ver con las distopías contemporáneas, es la dimensión global de los conflictos que enfrentamos hoy en día y la dificultad de resolverlos desde el ámbito local o estatal. Si pensamos en la crisis climática, el genocidio en Palestina, la deshumanización de las personas migrantes o la escalada militarista y autoritaria, se hace evidente que más que distopías lo que tenemos es un mundo presente cada vez más complejo que deja poco espacio para imaginar caminos alternativos.

Sin embargo, creo que existen experiencias que nos dan algunas pistas. Ya he mencionado la lógica de las *reexistencias* y la importancia de amplificar las experiencias que nos permiten resistir y prefigurar alternativas. Ahora me gustaría trasladar esa lógica a una dimensión global, pensando en fórmulas capaces de romper la impotencia y superar el fracaso de aquellas instituciones que, supuestamente, deberían velar por el derecho internacional.

En este ámbito creo que es importante visibilizar procesos de autoorganización y defensa de los derechos desde abajo. Por ejemplo, las caravanas migrantes que se organizan masivamente para cruzar desde Centroamérica hasta Estados Unidos. Estas han evidenciado nuevas formas de construir sujetos políticos desde los márgenes, resolviendo una necesidad inmediata, pero también creando estrategias colectivas capaces de disputar el poder (Besozzi, Zaragoza, y del Pino Molina 2022).

Al mismo tiempo, creo que es clave reforzar la acción internacionalista para llevarla a una nueva dimensión. Aquí, creo que tenemos mucho que aprender de la capacidad del movimiento feminista de convocar una huelga feminista internacional. Su lógica no se basó en la solidaridad unidireccional, sino en la consciencia de que enfrentamos un mismo sistema que tiene formas de expresarse distintas en cada territorio. La dimensión internacional, pensada como una caja de resonancia, fortalecía las luchas territoriales, pero eran esas luchas locales las que daban cuerpo a la acción global. Necesitamos pensar estas conexiones, alimentar un internacionalismo arraigado en los territorios, que pueda responder a las urgencias globales; buscar formas de cristalizar esta fuerza en estructuras con una capacidad de perdurar y afianzar estrategias mayores que las que finalmente tuvo el movimiento feminista.

ESM: Para superar el clima de cancelación del futuro que impera en nuestra época, lo importante es entender que al deseo que alimenta la distopía (el sadomasoquismo autoritario, el miedo depredatorio y la pulsión de muerte) solo le vence otro deseo. El colapsismo, como espíritu de nuestro tiempo, que adopta múltiples formas (no solo ecologistas) y cuya función real es alimentar la antipolítica y el cinismo (aún vestido con ropajes radicales), solo puede ser derrotado con el retorno de una visión poderosa del futuro. Por eso es tan importante esta suerte de giro ecotópico que estamos conociendo en estos años.

Añadiría dos matices, que ya han sido comentados, pero en los que merece la pena insistir: por un lado, esa visión poderosa tiene que ser realmente seductora. Tiene que ser capaz de dejarse inscribir pulsiones aspiracionales tal y como existen hoy en día sin esperar a un formateo antropológico —algo que no siempre el ecologismo consigue, y más cuando sus ecotopías parecen asumir un precepto de renuncia y mortificación espartana—. Al mismo tiempo, esas visiones deben ser poderosas, pero albergar algún tipo de plausibilidad. Solo si en un tiempo razonable logran traducirse en efectos concretos y objetivos en la vida cotidiana, se reforzará el círculo virtuoso del cambio social. Abolir el trabajo, o la civilización de amos sin esclavos gracias a la robotización, es una visión extremadamente poderosa, pero quizá demasiado increíble para la mayoría de la población. Sin embargo, la jornada laboral de cuatro días sin reducción salarial sigue siendo un horizonte de convocatoria muy sugerente, pero se antoja un programa que uno puede imaginarse viviendo pronto. Uno puede imaginarse diciendo algo así como “por fin es jueves”. Ya conoce esa experiencia. Se trata de ampliarla un poco. Pero ese *poco* implicaría una enorme victoria ecosocialista. El arte de la política es encontrar esas piedras que nos permitan cruzar el río.

LTM: Ha sido un placer mantener esta conversación. Muchas gracias por el tiempo que le habéis dedicado a tan interesante —y diría necesario— debate. Para concluir, ¿cómo veis el planeta y la humanidad dentro de 100 años?

ESM: Dentro de 100 años habremos reintegrado el sistema planetario Tierra dentro de los umbrales de seguridad climática que hoy estamos a punto de sobrepasar. Estaremos inmersos en una gran tarea regenerativa de los ecosistemas planetarios que restaurará la salud de la biosfera. En medio de esta gran misión histórica, además, habremos ido dando soluciones razonablemente buenas y de carácter extensivo al conjunto de la humanidad a los grandes desafíos de los siglos precedentes, que siguen abiertos: el de la libertad política republicana (siglo XVIII); el de la igualdad y el fin de la violencia económica capitalista (siglo XIX); el de la tecnociencia desbocada, la saturación ecológica, la igualdad de género y la alienación (siglo XX) o la disrupción tecnológica (siglo XXI). La gente no solo tendrá vidas más seguras, sino mejores. El inmenso excedente social liberado podrá dedicarse a nuevos grandes juegos que hoy apenas hemos podido tantear, desde la exploración espacial a la convivencia multiespecie, desde la construcción de nuevas realidades sexoafectivas a la confusión definitiva del arte con la vida cotidiana. Todo ello en función de lo que permitan las posibilidades materiales de un *comunismo solar homeostático* que habrá salvado los logros de la industrialización de la trampa del ecocidio.

JMC: Tirando de los horizontes de futuro que se construyeron en la iniciativa “Futurs (im) possibles” podemos decir que hay bifurcaciones entre la posibilidad de seguir en el camino distópico (ecofascismos, estados corporativos...) o, por el contrario, lograr redirigir la humanidad hacia otros escenarios más deseables (Altekio 2023). Centrándome en lo deseable, me imagino un escenario de decrecimiento ecofeminista, en el que se habrá conseguido vivir bien con menos gracias a una redistribución radical de los bienes, los tiempos y la tierra.

Además, también se habrán diluido las desigualdades globales gracias a una condonación de las deudas financieras de los países empobrecidos y una política de abolición de las fronteras que permitiría recuperar el derecho a la libre movilidad, eliminando las trabas burocráticas que sostenían la precarización laboral, así como el abaratamiento de los costes a través de la deslocalización. Los fondos antes destinados a los ejércitos y el control de fronteras se destinarán a prevenir y reparar los daños de décadas de desequilibrios ecológicos.

Las decisiones más complejas sobre los usos de materiales escasos o nocivos se decidirán en espacios internacionales democráticos totalmente transparentes, garantizando la aplicación de criterios de suficiencia e igualdad. Los fondos de inversión privados habrán desaparecido gracias a políticas coordinadas a escala global, quedando las finanzas bajo gestión pública o cooperativa.

AGRADECIMIENTOS

Nota del moderador: agradezco la colaboración de Stefania Barca (CISPAC), quien nos facilitó el contacto con Júlia Martí Comas, y de Yayo Herrero, quien finalmente no pudo participar en este debate por causas de fuerza mayor.

DECLARACIÓN DE CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Júlia Martí Comas: Redacción

Emilio Santiago Muíño: Redacción

Luis Toledo Machado: Conceptualización, Revisión y edición

DECLARACIÓN DE CONFLICTO DE INTERESES

Los autores de este artículo declaran no tener conflictos de intereses financieros, profesionales o personales que pudieran haber influido de manera inapropiada en este trabajo.

REFERENCIAS

- Altekio. 2023. *Guía práctica para la construcción participativa de Escenarios de futuro para la Transición Ecosocial. Futurs (im)possibles*. Disponible en: https://futursimpossibles.org/wp-content/uploads/2023/03/Guia_practica_EdF_Transicion_ecosocial.pdf
- Antentas, Josep Maria. 2020. “La razón mesiánica de Daniel Bensaïd”, *Viento Sur*, 12 de enero. Disponible en <https://vientosur.info/la-razon-mesianica-de-daniel-bensaïd/>
- Bensaïd, Daniel. 2010 [1990]. *Sentinelle messianique*. París: Les prairies ordinaires.

- Besozzi, Sheida; Zaragoza, Mariana y del Pino Molina, Miriam. 2022. “Retos metodológicos en investigaciones feministas sobre migraciones, exilio y diáspora”. En *Investigación feminista sobre migraciones*, editado por Maleno Garzón, Helena; Aguirre Larreta, Anaitze; Brizuela González, Florencia *et al.*, pp. 43-56. Bilbao: Hegoa.
- Bloch, Ernst. 2007(1954). *El principio esperanza*, Vol. 3. Madrid: Trotta.
- Filigrana, Pastora. 2021. *Del campo a los cuidados*. Madrid: Laboratoria.
- Gago, Verónica. 2019. *La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo*. Lima: Tinta Limón.
- Garcés, Marina. 2017. *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel. 2019. “Común, ¿hacia dónde? Metáforas para imaginar la vida colectiva más allá de la amalgama patriarcado-capitalismo y dominio colonial”. En *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*, pp. 81-93. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hickel, Jason. 2023. *Menos es más: cómo el decrecimiento salvará al mundo*. Madrid: Capitán Swing.
- Mies, María. 2019. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mosquera, Martín. 2024. “Luces y sombras de la «vía democrática» al socialismo”, *Jacobin*, 27 de agosto. Disponible en: <https://jacobinlat.com/2024/08/luces-y-sombras-de-la-via-democratica-al-socialismo-2/>